

IX

Habia terminado el almuerzo, y los tres convidados se habían sentado sobre el terrado de la casa, que daba por cima de la calle, cuando en esta se oyó un ruido singular. Un organillo tocaba el *Miserere* del *Trovador*, acompañado de una cornamusa de nacionalidad dudosa, resaltando sobre esta música, gritos lastimeros, semejantes á los de un niño, que resonaban á intervalos desiguales.

Charamirof, muy sencillo por naturaleza,

no pudo resistir al placer de inclinarse sobre la balaustrada, para ver la causa de estos sonidos tan extraordinarios. Al final de la calle, campesinos y criadas estacionaban delante de una panadería, rodeando un pequeño carruaje tirado de un flaco caballo. La distancia y la multitud impedían al príncipe distinguir lo que llevaba el carruaje; pero las grandes carcajadas que salían por momentos del grupo de espectadores, le daban idea de que lo que allí pasaba sería muy chusco.

Kamoutzine apareció por la esquina, y se mezcló con la multitud, la que se separó respetuosamente ante un oficial de la guardia.

—¡Vaya! dijo Charamirof, si Kamoutzine toma parte, va á ser delicioso.

Lo que era causa de tanta espectacion no se presentaba, sin embargo, bajo un aspecto cómico. Las gentes se dispersaron con un actitud triste, y el mistificador se quedó casi solo con las músicas y el propietario del cochecillo.

—¡Cómo! dijo Kamoutzine, ¿no os da vergüenza de atormentar á una desgraciada bestia?

—Señorita! observó el músico de la cornamusa, ¡si es para que hable!

—¡Para que hable! ¡qué bestias sois vosotros! ¡Si yo os pusiera desnudos ante la boca del horno de ese panadero! ¿berrearíais vosotros entonces?

Los tres hombres se miraron cortados. Mientras tanto, la víctima se retorcia en el polvo de la calle con gemidos lastimeros.

Era una foca pequeña, tamaño de un niño de dos años; sus ojos humanos, su simpática fisonomía, que expresaba el dolor y el temor, constituían un real objeto de compasión.

Kamoutzine no tenía piedad con los hombres, pero sí ternura y piedad con los animales. Se inclinó sobre la pobre bestezuela, que le miró con dulzura y abrió su boca, de donde no salió ningún sonido.

—¡Sois unos imbéciles! dijo tranquilamente Kamoutzine. Este animal ha debido costaros algo, á menos que lo hayais robado. Os produce dinero, y vais á dejarlo morir por falta de agua. ¡Vamos! Venga agua, pronto.

—Pero señorita, si la hay en su baño.

Era un baño de niño, con la capacidad para que el desgraciado animal pudiera volverse. Estaba apenas lleno hasta la mitad de una agua turbia y amarillenta.

— ¡Eso es agua? merecíais que os la hicieran beber, dijo Kamoutzine sin perder su sangre fría. Cerca de aquí hay una fuente, pedid un cubo al panadero, que no os lo rehusará, y traédmelo lleno hasta los bordes; lavais el baño, y lo llenareis de agua limpia. ¡Vamos! pronto.

El agua fué traída inmediatamente; Kamoutzine vertió con precaucion el contenido sobre la bestia agonizante. A medida que el agua chorreaba sobre su cuerpo en delgados hilillos, la foca volvía á la vida y hacia movimientos de bienestar; cuando su cuerpo, lavado del polvo que le formaba un betún amarillo, apareció brillante, casi negro, se irguió sobre la cola, y ejecutó espontáneamente el balanceo que habia aprendido á palos.

—¡Oh! ¡vean ustedes como baila sola! dijo el hombre que tocaba la cornamusa. Es que está contenta.

—Hay que ser un atajo de imbéciles como lo sois, para que yo, un oficial de la guardia, me vea obligado a enseñaros como se cuida una foca. ¡Vamos, metedla en el baño!

Fué obedecido, y el animalejo manifestó su alegría enroscándose varias veces sobre sí

mismo en el agua clara, después de lo cual, posó su cabeza sobre el borde del baño, y fijó sobre Kamoutzine sus ojos inteligentes y buenos.

—Si, dijo el oficial, querrias darme un beso. Dentro de un rato, cuando estés un poco más seca. Seguidme vosotros, ahora soy yo quien va á mostrar estas curiosidades.

—Pero, señoría, dijo el propietario retorciendo en sus manos una gorra grasienta, perdemos tiempo, y esto nos impide ganar dinero.

—Si decís una palabra, hago que os reconozcan la foca, porque la habeis robado, lo sé.

No dijeron ya nada, y le siguieron sin resistencia.

La calle estaba casi desierta, porque al ver que un oficial intervenia en aquel asunto, que echaba á perder infaliblemente sus planes, los espectadores se habian metido en sus casas. Charamirof habia contemplado desde lejos con interés las idas y venidas en torno del carruaje, sin poder fijarse en la personalidad del héroe de la ventura. Cuando vió aproximarse á Kamoutzine, acompañado de su extraña escolta, soltó una carcajada.

—¿Te has hecho ahora domesticador de osos! dijo desde lo alto del terrado. No te faltaba más que eso.

—No es un oso, es una foca, respondió Kamoutzine deteniéndose. Empiece la música. Veamos lo que sabeis hacer.

Comenzó el terrible estruendo, pero al segundo compás, mandó el oficial que callara.

—Ya basta, estais juzgados, Y ahora, mi jóven amiga preséntate á la honorable sociedad, y manifiesta tambien lo que sabes hacer.

La foca, advertida por un ademán de su amo, sacó del baño su fina cabeza, y se irguió con un balanceo cómico.

El mal humor de Irene no pudo resistir. Era aquello de un mal gusto deplorable, pero Kamoutzine y su protegida eran verdaderamente muy chistosos. Cleopatra sonreia sin decir nada.

—¿Era por eso, dijo el príncipe, por lo que yo te veia revolver en torno de ese coché? ¿Qué ibas á hacer? ¿Pensabas comprar ese animal?

No, respondió Kamoutzine, le salvaba la vida haciéndola beber. Ya sabe que está escrito. Cada vaso de agua os será devuelto centuplicado; me preparo el paraiso, porque

es á cántaros como ha recibido este prójimo mis beneficios.

Esta broma irreverente hizo fruncir el entrecejo á Irene, que era muy religiosa; pero Cleopatra dejó caer sobre Kamoutzine una mirada más dulce que de costumbre. Se sentía ablandada; la coraza de indiferencia de que se había revestido ántes, se descomponía pieza á pieza; comprendía que no se podía vivir de desden y de ambicion, y que, á veces, es menester que se derrita el alma, aunque sea en lágrimas.

Sus ojos estaban verdaderamente húmedos cuando pensó que aquel farsante tan temido, tan detestado solamente porque divertía á las gentes, aquel payaso, acababa de hacer una cosa en la que hubieron pensado muy pocas de las personas que la rodeaban ordinariamente, y que ninguna quizás hubiera tenido el valor de hacerla.

—¿Está usted satisfecha, señorita? dijo Kamoutzine, cuya mirada perspicaz había ya leído en el rostro de Cleopatra.

—Sí, señor, respondió la jóven.

—¡Es lástima que el terrado esté tan alto! Hubiera subido para besarla la punta de su

guante, pero es un muro de ladrillos, y no hay donde agarrarse!

—¡Dios mio! pensó Irene ¡qué ridículos y desagradables son! Aquí esta ahora Cleopatra que se deja hacer la corte por ese pillo.

Pero su marido reía, y no se atrevía á pensar en voz alta.

—Finalmente, dijo Charamirof ¡qué vas á hacer con ese animal interesante, pero no muy á propósito para guardarlo en un salon?

—Voy á presentarlo á mis amigos y conocidos.

Y guiñaba el ojo en direccion á palacio.

—No irá usted á llevarlo allí, dijo Irene totalmente horripilada.

—¿Por qué no? Más vale dirigirse á Dios que á los santos. Tengo el pensamiento de darle una carrera; es mi hija adoptiva. Ya saben ustedes que estos seres hablan tambien como nosotros; solo que, más prudentes desconfían de todos y escogen muy bien sus confidentes. Es por eso por lo que nadie los oye jamás. Tengo una idea; voy á hacer que le nombren consejero privado y hacerle construir un baño especial detrás de las estufas. Dentro de ocho dias nadie pensará en él, y podrá filosofar á su sabor. Iré á verle,

y me dará consejos de la más alta sabiduría, porque no desconfiará de mí. ¿No es verdad pequeña?

La foca escuchaba esta mezcla de locura y de escepticismo con oído atento, la cabeza apoyada en el borde de su domicilio, y Kamoutzine, mirando aquellos ojos buenos é inteligentes como ojos de niño, se sentía algo más conmovido de lo que requerían las circunstancias. Se quitó de pronto su gorri-lla de ordenanza, y la tendió á los espectadores del terrado.

—Ahora, señores y señoras, no olviden á un pobre huérfano, que está desterrado además, aunque no por causa política....

Charamirof, riendose más que nunca, sacó de su bolsillo un puñado de monedas de plata, y lo arrojó á la gorrilla. Los propietarios de la foca contemplaron esta lluvia de plata con aspecto embobado, preguntándose con la vista si el oficial tenía intencion de guardarse el dinero para sí ó de darles parte.

—Esto, les dijo Kamoutzine, será para vosotros despues, si os portais bien; si no, yo lo guardo. Vamos, en marcha.

El cochecillo siguió su camino, y aquel singular cortejo desapareció en la primera

esquina. La locuacidad del jóven oficial habia decaido, y bruscamente dejó á su protegida sin dirigirle ni una palabra, despues de haber entregado á sus conductores el dinero que habia conservado en sus manos.

—Ese dinero le servirá para dárselo á sus acreedores, dijo maliciosamente Irene, que habia abandonado la balaustrada hacia un momento.

—¡Por Dios, hermana! exclamó Cleopatra indignada.

—¿Qué hay? Cuando se hace pagar sus deudas por el gran duque, es capaz de embolsarse lo que ha sacado á sus amigos so pretexto de caridad.

—Irene, creo á veces que eres mala, dijo el bueno de Charamirof, que era el mejor de los camaradas.—Sé que lo que has dicho es una broma; pero hay bromas que perjudican....

La dama no disputaba jamás con su marido; habia reconocido desde luego que la sumision es necesaria á aquellos de quien se depende. Le hizo una amable mueca, seguida inmediatamente de una sonrisa.

—Miren al infame cómo me riñe, dijo. ¡Oh! ¡qué horror!

Charamirof estaba aún bajo la influencia de la luna de miel, y besó larga y tiernamente la mano de su esposa. Cleopatra se alejó sin afectación. ¿Qué tenía que hacer ante aquellos dos enamorados?

Cerca de las cuatro, el general Neoutof hizo su aparición ordinaria. Irene había dispuesto convenientemente sus baterías, haciendo sentar á los que llegaban, de modo que su hermana estuviese, por decirlo así, bloqueada en un rincón desde donde no podía salir sino practicando un movimiento circular considerable, alrededor de las sillas. Distraída por sus preocupaciones, la jóven no había notado aquel asedio. No sospechaba las mezquindades de la vida, y este mismo desden de las precauciones defensivas era el que le había valido en otro tiempo su reputación de bobería.

Cuando Neoutof entró, Cleopatra comprendió que una estrategia sagacísima le había quitado por aquel día la posibilidad de hablar con su viejo amigo. Pero no retrocedía ella jamás ante una acción que juzgaba útil ó conveniente; sin demasiada vivacidad, con su dignidad habitual, la jóven se levantó, salió de entre los grupos, y en el momen-

to en que Neoutof se inclinaba delante de la dueña de la casa, se halló detrás de él, de modo que el general la viese al volverse para buscar un sitio.

Los ojos de Irene fueron como una centella para Cleopatra; pero la entrevista de la mañana había dado á ésta fuerzas nuevas; sin inquietarse de las miradas de su hermana ni de la turbación que alteraba su voz al hablar á sus visitantes, la jóven llevó al general aparte, á dos sillones de junco preparados para los coloquios de Charamirof con su mujer.

—¡Es un verdadero raptol! dijo Irene en esa voz ni alta ni baja, que se oye sin embargo desde muy lejos.

Los tertulianos sonrieron con benevolencia. ¿Quién hubiera osado murmurar de la amistad que Neoutof dispensaba á la bella Cleopatra?

Esta había oído las palabras de su hermana, las que le decidieron á obrar según lo que había resuelto.

Cuando instaló confortablemente al general, que andaba con dificultad, le miró un instante con una expresión extraña, mezcla de piedad, de sentimiento y de afecto. El

anciano, dichoso, se calentaba á aquel sol, y saboreaba la alegría de estar cerca de él.

—General, le dijo Cleopatra, mi hermana acaba de decir que yo le he secuestrado.

—Es eso muy halagüeño para mí, respondió él con su voz un poco gruesa.

Bajo sus cejas blancas, sus ojos muy oscuros, miraban á la jóven con inefable complacencia.

—No lo es para mí, repuso ella. Una amargura mal contenida contraía las comisuras de sus labios altivos.—No adivinaria usted lo que mi hermana ha inventado contra mí ayer.

—¿Cómo es eso? ¿No está amable con usted? dijo el viejo en un tono menos sorprendido que el que hubiera hecho suponer la forma de la pregunta.

Sin responder directamente, Cleopatra continuó:

—Se pretende, á lo que parece, general, es ese *se* incomprendible, que se achaca á todas las malas acciones, del que yo hablo, se pretende que la amistad que me dispensa me trae perjuicios. . .

Neotof se estremeció. ¿Era esto posible? ¿También aquí? ¿Esta ridícula acusación ha-

bia de perseguirle siempre? ¿Un hombre de setenta y dos años no podría encontrar una alegría inocente en el trato de una persona tan honrada como bella; sin que la malicia de algunos, de una sola mujer quizás, viniese á ponerle obstáculo?

—¿Espero, dijo en voz alterada, que no se dejará usted influir por semejantes patrañas?

Ella le respondió con su más hermosa sonrisa, y posó su mano blanca sobre el brazo del sillón de él.

—¿Influir? no, dijo Cleopatra. A Dios gracias, general, le respeto bastante para no dejarme influenciar de ese modo. Pero perdone la franqueza de mi lenguaje, me han puesto en situación de renunciar á estos coloquios, que constituyen el mejor de mis placeres. . .

—¡Y de los míos! exclamó Neotof muy conmovido. ¡Cómo! ¿privarme de su trato cuando es usted la alegría y el sol de mis viejos días? ¡Qué crueldad! ¡Qué infamia! añadió por lo bajo.

Verdaderas lágrimas, pequeñas, y por decirlo así concentradas, habían brotado en sus ojos fatigados del trabajo y los cuidados. Cleopatra volvió la cabeza; sentía también

mojarse los suyos, y no queria dar á su hermana que la vigilaba con la mirada, aunque sin poderla oír, la satisfaccion de saber cuán aguda era su pena.

—General, expuso Cleopatra, le suplico que no se ponga triste; eso me desgarró el corazón. Su amistad me es infinitamente preciosa, y me honra tanto cuanto me es querida. No puedo renunciar á ella, ni renunciaré jamás. Que mi hermana le falta al respeto, echándole de su casa, es cosa suya. En cuanto á mí, no puedo decirle más que una cosa: cualesquiera que fuesen para mí las consecuencias, yo le conservaré siempre mi afecto, tan puro, tan luminoso como el sol que nos alumbra, y nada me hará cambiar.

El rostro tranquilo de Cleopatra se había animado mientras hablaba con una belleza tan nueva para Neoutof, que éste quedó mudo delante de ella.

El general se levantó sin que le ayudase su amiga; una animación extraordinaria le había devuelto su vigor, y ya no sentía ninguno de sus padecimientos. Apoyado apenas en su bastón, se mantuvo en pie delante de Cleopatra sorprendida.

—Señorita, le dijo en voz extrañamente juvenil y vibrante, soy un viejo que ya no tiene en la vida ninguna pretension. Mi juventud ha sido consagrada á mi patria y á mi soberano. Jamás he sido hermoso, sería ridículo por mi parte querer ser para las mujeres otra cosa que un amigo, quizás un guía. Ahora bien, tampoco he sido ridículo jamás, á lo menos que yo sepa.

Se había erguido mientras hablaba, brillaban sus ojos, y su estatura pequeña parecía tan alta como la de Boris.

—No podría, pues, sin ser odioso á mí mismo y á los demás, pretender representar el papel de esposo. Pero si, tal y como soy, con mis imperfecciones y mis defectos, usted quisiera hacerme el honor de aceptar mi mano, sería hasta mi muerte, que sin duda no está lejana, el más fiel y el más leal de sus servidores. . . .

Y se inclinó al terminar con aquella gracia legendaria que hacia decir al hablar de él: "Bien se conoce que ha sido en otro tiempo paje de la gran Catalina!"

Cleopatra se quedó cortada. Esperaba tan poco una proposición tal, que la sorpresa en ella, dominaba toda otra emoción. En pie,

con la cabeza descubierta, Neoutof esperaba respuesta.

—En verdad, dijo la jóven, no sé qué decirle.... El honor que me hace....

—Dejemos á un lado palabras inútiles, dijo él entrando de pronto en la vida real, y volviendo á ser el hombre de mirada clara, de impresiones terminantes. Si usted ama... si usted ama á algun hombre con quien se pueda casar, repuso con una intencion discreta, aunque marcada, entonces nada he dicho. Seré amigo de su marido, como lo soy suyo, sin segunda intencion, puesto que no tengo pretension alguna. Pero si la situación que le han creado aquí, es, como lo creo, intolerable, si no ha cogido, segun me parece, ninguna solicitud que la permita pensar en casarse..... entónces tome usted en consideracion la demanda que depongo humildemente á sus piés. Pronto moriré, Cleopatra; añadió, sin que nada denotase en él la emocion experimentada al pensar en este desenlace necesario. Quedará usted viuda jóven, bella, rica, ¿qué quiere usted que haga de mi fortuna si no sirve para hacerla dichosa? Se casará usted entonces con un hombre amable, que escogerá á satisfaccion y bendecirá

de vez en cuando la memoria de su pobre marido viejo, que le habrá dado lo que él propio no tenia: la dicha de amar y de ser amado sin otro interés....

Hablaba alegremente, en su voz ordinaria, y Cleopatra no sabia qué debia admirar más, si la generosidad ó la filosofía sonriente que le permitia hablar de sí mismo como lo hubiera hecho de otro.

—General, dijo ella por fin, me ha sorprendido mucho el lenguaje que ha empleado, para que yo pueda contestarle inmediatamente. ¿Quiere usted darme veinticuatro horas para que medite?

—Es muy justo, respondió él, saludándola con la estremada deferencia que le hacia tan agradable á las damas.

—Veinticuatro horas es quizás mucho reposo Cleopatra, esperó poder responderle ántes de ese plazo.

—En su interés, observó él, no sabré instarla bastante para que se dé prisa. En la situación en que está usted con su hermana, á lo que me parece, una gran rapidez seria el mejor medio de evitarse conversaciones desagradables.

—Y si no debemos vernos más, añadió con un suspiro, más valdrá que lo sepa pronto. No se entienda, compréndalo bien, que trate de representar el papel de los enamorados como usted; pero había adquirido una costumbre tan dulce en verla y oirla, que si debo renunciar á ella, vale más cortar por lo sano. Si me responde que no, me volveré inmediatamente á mi antigua casa de provincias. . . . Allá tengo una pajarera con ruiseñores que se aburren quizás de no verme.

La saludó por última vez, se acercó á Irene, á quien dirigió algunas excusas por su marcha precipitada y se retiró tan sencillamente como de costumbre.

Cleopatra se había acercado al círculo de tertuliantes, sin querer notar las miradas de su hermana, tan penetrantes y tan crueles como la punta de un taladro. Apenas trató de ocultar la preocupacion que se había apoderado de ella. ¿Qué la importaban ahora las malicias y los sarcasmos? Tenía en sus manos el medio de reducir las á la nada.

Pero su sueño ¿adónde iba á parar? La entrevista que había tenido por la mañana con el gran duque, la que, despues de meditada, había más bien alentado que destruido

sus esperanzas, ¿debia quedarse sin producir frutos?

Pasó revista mentalmente á las menores palabras de aquella entrevista y nada le pareció ménos animoso. Boris había deseado verla casada con otro, aunque este otro fuera un jóven oscuro. . . .

La venda cayó de los ojos de Cleopatra. Ella había dado un sentido distinto del real á aquellas frases llenas de benevolencia solamente. . . . Se había engañado, esto estaba claro y ahora el sueño concebido por su orgullo juvenil se desvanecía en humo hácia el cielo azul. . . .

Le hablaban y respondia, sin darse cuenta de lo que la decian, ó de las palabras que salían de su boca. El trato social suplía en ella la falta de atencion en tales circunstancias, y nadie notó que el alma de ella estaba ausente en estos coloquios.

En fin, los visitantes se retiraron; Irene condujo á los últimos hasta la entrada del salón, y tornó al terrado, donde su hermana se había quedado, sumida en su meditacion dolorosa.

—Vaya, te han hartado hoy, dijo en tono

maligno; espero á lo menos, que has adelantado en tus negocios.

—Más de lo que piensas, respondió Cleopatra dejándola.

Neoutof se habia ido con el corazón palpitante como si tuviera veinte años. Los sentimientos que le animaban en favor de la hermosa señorita de honor eran más complejos que lo que él se confesaba á sí mismo. Se figuraba no experimentar por ella más que la amistad de un anciano hácia una jóven amable, algo de parecido al afecto de un tío por su sobrina. Pero en su interior, comprendía bien que un tío no es celoso, y que no se le sube la sangre al rostro al pensar en su sobrina.

Con efecto, Neoutof estaba celoso. La actitud de Cleopatra no le habia parecido que era la de una persona cuyo corazón está libre; su instinto le hacia presentir un misterio en el modo con que ella habia acogido una oferta que hubiese llenado de satisfacción á una muchacha indiferente. Mientras que sus caballos le llevaban alrededor del parque, sitio de su paseo ordinario ántes de comer, rebuscaba en su mente singularmente

clara y activa, las circunstancias que habian podido despertar sus celos.

De repente se hizo la luz en su espíritu. Desde el día en que el gran duque se habia bromeado hablando de Cleopatra, Neoutof habia sentido ese malestar, precursor de los celos. El nombre de Kamoutzine se habia pronunciado, pero Neoutof se habia acogido de hombros. ¿Era entonces Boris?

El general dió orden á su cochero de retroceder, y veinte minutos despues ya estaba en Palacio. El gran duque acababa de entrar y accedió á recibirle. Neoutof subió la escalera brabamente; no se acordaba de haber padecido jamás de la gota, y cuando entró en la habitación de su imperial amigo, su bastón hirió el suelo de maderas preciosas como el de un bedel de Catedral.

—Me alegro de verle, amigo mio, le dijo Boris con la indolencia afectuosa de un hombre cansado de todo. ¿Qué buen viento le trae por aquí?

—Me he tomado la libertad de molestar á Su Alteza Imperial, respondió Neoutof en su voz más sonora, porque tenia que comunicarle una noticia de la más alta importancia para mí solo.

—¿De veras? Siéntese, pues, querido amigo.

El veterano tomó asiento en un sillón, cruzó las dos manos sobre el puño de su bastón, y miró á Boris en el fondo de los ojos.

—Hace un momento, dijo, he cometido la locura más grande de mi vida, ó el acto más grande de prudencia, segun decidan las circunstancias....

—Debe ser muy prudente ó muy descabellado, dijo el gran duque sonriendo, porque yo nunca le he visto hacer á medias las cosas.

—Su Alteza Imperial juzgará. Acabo de pedir la mano de la señorita Cleopatra Bakhtof.

Boris se estremeció y miró al conde con atencion. Sus miradas se cruzaron y esta doble mirada fué sostenida con igual firmeza por ámbas partes.

—No necesito preguntarle si lo ha meditado, dijo el gran duque con extremada solícitud.

—No lo he pensado interrumpió el general con vivacidad. Esa jóven, tan bella co-

mo inteligente, es desgraciada; su hermana le da una vida insoportable.

—Es una linda arpia, dijo Boris sonriendo.

—Es una alimaña de la peor especie y la vida de la señorita Bakhtof no es más que un infierno. Tenia yo mucho gusto en verla, y la ha presentado como un crimen mi amistad. No tiene fortuna, pero es de una gran familia. Su padre era un bravo militar que estuvo á mis órdenes. Al casarme con ella, reparo una injusticia de la sociedad. No siento más que una cosa, y es no tener cuarenta años menos.

—General, dijo el gran duque, es usted un hombre de bien, cosa que ya sabia ántes; pero tiene además un corazon bueno.... lo cual me satisface cumplidamente.

Neoutof se inclinó en silencio. Advertia una restriccion, un misterio, algo de indefinible en la actitud de su imperial amigo.

—Siento personalmente la mayor simpatía por esa señorita, continuó Boris lentamente, tratando de tantear el terreno, porque no podia saber si Cleopatra tenia ó no intencion de mantener oculta su entrevista con él por la mañana.

—Yo se lo he dicho de modo que compren-

diera que tenía en mí á un amigo, y espero que lo habrá comprendido. Si fuera una persona ordinaria, lo que quiere usted hacer sería absurdo; pero con las cualidades de la señorita Bakhtof, es para ella una de las soluciones más honrosas y para usted la seguridad de la más amable compañía.

Neoutof le esenchaba sin darse por satisfecho. Nada le probaba que el gran duque no experimentara ningún sentimiento más vivo que la amistad por Cleopatra.

—Hay, repuso el general, matrimonios de este género que son la vergüenza de las familias de ambas partes.... No puedo admitir que el mio entre en el número de estos. He ofrecido mi mano á la señorita Bakhtof, y no la aceptará, estoy seguro de ello, sino en el caso de que se crea absolutamente libre de todo compromiso, ya moral, ya material.

—¿Pero no ha aceptado?

—Me ha pedido veinticuatro horas para pensarlo.

—Mas vale así, ciertamente, desde todos los puntos de vista.. Pues bien, amigo mio; continué Boris pasando afectuosamente su mano sobre el brazo de Neoutof, á quien se habia acercado, se casará con usted, y le da-

rá toda la dicha que pueden traer á su casa su gracia y su belleza.

Neoutof se levantó y hundió una vez más sus miradas penetrantes en los ojos del gran duque.

—No quiero ser ridículo, dijo. Si alguna vez se arrepiente de lo que ha hecho, exigiré de ella una confianza absoluta; soy viejo, la vida es poca cosa para mí; sabré morir para devolverle su libertad, pero no aceptaré ser una de esas pantallas de la corte, al abrigo de las cuales se abrigan las intrigas....

Boris tendió su mano leal á su antiguo amigo.

—El carácter de la señorita de Bakhtof le garantiza así el porvenir como el presente, le dijo. En cuanto á mí, Neoutof, yo le deseo toda la dicha que merece. Tenga usted la bondad de decir á su futura, porque no dudo que lo sea desde mañana, que me servirá de contento el ser su padre honorífico en su boda.

El general, completamente tranquilizado esta vez, estrechó vigorosamente la mano de su amigo, y salió con la cabeza erguida, con el baston resonante.

Después de su marcha, Boris quedó pen-

sativo; por la ventana abierta veía la cabeza de la enorme torre cerca de la cual había encontrado á Cleopatra aquella mañana; la copa de los árboles se redondeaban en torno, doradas por el sol; el perfume de los tilos penetraba en oleadas unido al de las rosas; una languidez de todo el ser sucedía á la actividad de las horas del día. No era todavía noche, apenas eran las cinco y media de la tarde, pero las emociones de aquel día le habían fatigado. Boris se apoyó sobre su bufete y contempló el delicioso paisaje, á la vez pintoresco y mundano, apropiado á una familia de soberanos.

Hubiera él querido estar libre de todo cuidado, é irse como un simple particular por las avenidas del bosque contiguo al parque; no tener que dar cuenta de sus faltas á nadie, no tener deberes más que para sí. . . . Cleopatra le amaba no obstante. . . .

—Soy un ingrato, dijo entre sí, despues de un instante. En realidad, soy tan libre como cualquiera otro. Pero, adios señorita Cleopatra; un día llegará en que amaré á otro. Ese día encontrará usted que he obrado como un tonto. . . . quizás pensará que me he portado como un hombre de honor.

Llorará, me maldecirá quizás, se casará con Neoutof y gastará mucho dinero. . . . Es ese un modo, como otro cualquiera, de ser feliz.

Sonreía al pensar en estas cosas, se levantó y dió una vuelta por la habitación algo desamueblada en que estaba; no era su estancia ordinaria, y pocos objetos familiares estaban bajo su mano. Pasó á su dormitorio, y volvió con un libro precioso, que llevaba con respeto.

Era un ejemplar de los Evangelios en eslavo, impreso en vitela; la encuadernacion de orfebrería estaba ornada, según costumbre, de medallones esmaltados representando á los cuatro evangelistas, y en medio á Cristo, predicando, con la mano levantada. El volumen era de un tamaño bastante pequeño para que se pudiese colocar sobre una mesa y servirse de él para rezar.

Boris tomó una pluma, abrió el libro sagrado y en la primera página escribió: "A Cleopatra Bakhtof, dado por Boris."

La firma soberana se ostentaba por bajo del nombre de la jóven; era la primera vez que sus nombres se encontraban así unidos. Aún se encontrarían otra vez en el acta de

matrimonio, que debería él firmar, como testigo; y después Cleopatra ya no sería nada, nada... para el gran duque Boris...

El propio colocó el libro de los Evangelios en su estuche, llamó á un ordenanza, y le mandó que llevara en seguida aquel presente á casa de Cleopatra.

Charamirof tenía por costumbre comer temprano; acababan de levantarse de la mesa cuando llegó el mensajero de Palacio.

El pesado paquete fué remitido á Cleopatra "de parte del gran duque Boris," en presencia de su hermana y de su cuñado.

Palpitábale fuertemente el corazón mientras que quitaba la envoltura del estuche. ¿Qué podía enviarle así públicamente? Un instante tuvo la loca idea de que podía ser una corona..... Pero cuando el estuche dejó ver las imágenes santas, lo comprendió todo, y se puso palidísima. Su sueño ya destruido, se aniquilaba en menos que en polvo. Boris ponía á Dios entre él y ella, para estar seguro que el honor sería bien guardado.....

—¿Qué quiere decir eso? dijo Irene. ¿Estás en tan buenas relaciones con el gran duque?

Cleopatra había abierto el libro y había leído el nombre de él..... Cerró el volumen y dijo en voz firme:

—Esto quiere decir que me caso con el conde Neoutof, y este es el regalo de boda que me hace su amigo.

BIBLIOTECA DE "LA PATRIA" U. A. N. D.